



Pregón
de la
Coronación Canónica
de
Nuestra Señora de los Dolores

Federico Fernández Basurte

Iglesia Parroquial de San Carlos y Santo Domingo

Málaga, 24 de octubre de 2004

A Marina y Victoria

A Jesús Castellanos, con mi admiración, mi reconocimiento y mi afecto

Cuando un silencio sereno todo lo envolvía y la noche se encontraba en la mitad de su carrera, su Palabra omnipotente saltó del cielo...¹ En la Palabra estaba la Vida y la Vida era la Luz de los hombres...².

Dios había decidido *acampar entre nosotros*, hacerse carne y entrar en nuestra Historia. Él, el Creador, el Todopoderoso, el Altísimo, se mira en los ojos entornados de una hermosa joven y le pide su consentimiento. Discretamente, envuelto en un silencio sereno, el mensajero cumple su encargo y visita de parte de Dios a María. Nadie se entera. Ni suenan trompetas ni cantan coros de ángeles. Ni se abren los cielos ni tiembla la tierra. Sólo se estremece la mujer que tiene a toda a la humanidad pendiente del hilo de su voz. Y en el sagrado silencio, la joven pronuncia una palabra breve, que sale del fondo de su alma y sacude el orbe en un instante. Ella dice: “sí”. Y el Espíritu Santo inunda a la doncella y la semilla del verbo anida en el vientre fecundo de aquella sencilla muchacha nazarena que ahora es el mismo Cielo en la tierra, el trono real desde el que saltará al mundo la Palabra para traer la Luz a los hombres. Ella, María, será el fanal, la lámpara prodigiosa, inextinguible, que guarde en su seno la Luz del mundo, *ésa que brilla en las tinieblas, la luz verdadera, la que alumbr a toda la humanidad.*

En Málaga, en una capilla callejera que siempre mirará al puente que cose la ciudad con un legendario barrio que hunde sus raíces en lo más

¹ Sb 18,14

² Jn 1, 4

profundo de una historia romana, de arrabal musulmán y extramuros cristianos, una imagen de María, brilla con luz propia y su brillo se funde con el reflejo que proyectan, sobre el cristal de su camarín, las lamparillas que, prendidas por la fe sencilla, no han dejado de arder ante ella a lo largo de más de dos siglos y medio. Ella es la Madre de la Luz, la Virgen fiel que ilumina nuestras oscuridades desde hace doscientos cincuenta y ocho años.

Por eso estamos aquí, rendidos a sus plantas. Hasta aquí hemos venido sus incondicionales, congregados como siempre en el íntimo espacio de la Capilla desde la que tiende puentes de devoción, para cantar su gloria y jurarle homenaje; para embelesarnos mientras contamos sus lágrimas y las olas de blonda que rompen levemente sobre su pecho.

Porque se cuenta y no se acaba, el número de las velas que se han consumido delante de su efigie y el de las manos que se han aferrado a la reja de su capilla; el número de los nazarenos que se han vuelto para mirar su rostro a través de los ojos del capirote y el de quienes hicieron costumbre cotidiana de su visita a la vecina que siempre espera asomada a su ventana de Santo Domingo.

Porque se cuenta y no se cree, que nuestra oración de hoy viene de lejos, que su culto es una reliquia venerable, una herencia preciosa, un legado de esperanza.

Y cuenta a cuenta nos unimos al rosario de sus devotos, al rosario que empezó a rezarse una noche de 1746 y ahora continuamos nosotros, engarzando todas las avemarías que se han dicho mirándole a la cara; repasando todos los misterios dolorosos y gozosos de la vida que tantos

percheros, que tantos malagueños han compartido con ella en el confesionario callejero en el que habita; coleccionando letanías de suspiros y piropos, gratitudes y alabanzas que han quedado, como exvotos, prendidas en su manto.

Aquí estamos, para dar gracias a Dios que en María hizo maravillas y, como ella misma predijo, llamarla bienaventurada. Aquí estamos porque queremos poner a sus pies nuestros corazones, nuestras manos entre las suyas, un beso en su mejilla y sobre sus benditas sienes, el símbolo de la ancestral devoción y de nuestro fervor actualizado y comprometido. Aquí nos encontramos, a punto de soltar las amarras de las emociones contenidas, de las ilusiones amasadas con los años de preparación y paciente espera, para anunciar que ya se acerca el día, la víspera de la solemnidad de todos los santos, en el que proclamaremos solemnemente la realeza de la que es Toda Santa y por fin la Virgen de los Dolores, la del Puente, por el amor de sus hijos, será coronada.

Saludo y agradecimiento

[Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Antigua Cofradía del Stmo. Cristo del Perdón y Nuestra Señora de los Dolores, Sr. Presidente de la Agrupación de Cofradías de Semana Santa, Sres. Hermanos Mayores de la Hermandad de Santa María de la Victoria y de la Archicofradía del Paso y la Esperanza, Sres. Hermanos Mayores, cofrades y amigos]

Ante todo quiero dar las gracias a Jesús Castellanos por sus palabras de presentación. Son las palabras de un amigo. Tan sólo me cabe reiterarme en la dedicatoria de este Pregón: *A Jesús Castellanos, con mi admiración, mi reconocimiento y mi afecto.*

Y a vosotros, estimada Junta de Gobierno, ¿cómo expresaros mi gratitud por el honor que me habéis hecho, concediéndome el privilegio de pronunciar este Pregón? Sólo puedo deciros que comparto vuestra alegría y que una vez más me reitero en mi simpatía hacia vuestra Hermandad, especialmente ahora que me habéis hecho un hueco entre vosotros y me habéis permitido aportar un granito de arena a los preparativos de la Coronación.

Aunque suene a tópico, os confieso que me parece una osadía presentarme ante vosotros para hablar de este acontecimiento extraordinario. Un acontecimiento que se ha venido anunciando, de manera eficaz, anticipado por diversos medios. La corona a los pies de la imagen de la Virgen desde hace ya siete años ha estado proclamando la aspiración de los cofrades y devotos.

El Pregón de la Virgen

Además, dónde podré yo rebuscar palabras dignas, si el Pregón de la Coronación definitivo ya está dicho. Lo pronunció la mismísima María, cuando la Visitación y después de que Isabel la reconociera como “la Madre de mi Señor”, que fue tanto como llamarla “mi Señora”, coronando así con sus palabras a la joven nazarena, quien en un arranque de locura de amor por el Padre Bueno, plena del Espíritu Santo, contestó a su prima dando un auténtico pregón:

*Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador,
porque ha mirado la humildad de su esclava.
Desde ahora me llamarán bienaventurada todas las
generaciones...*³

Y efectivamente la llamamos bienaventurada, dichosa, santa, bendita, llena de gracia,... y le cantamos, y ante su imagen se baila y se festeja, veneramos su imagen en la cima de los montes y en lo profundo del mar y revestimos su hermosura con oro y la coronamos con corona real, porque la tenemos en un pedestal y no se nos ocurre lugar más alto, más digno y más suyo que un trono... y por supuesto, aquí, entre nosotros, bajo palio. Todo ello sin dejar de ver en ella a la muchacha nazarena, a la buena madre sencilla y humilde, la pobre de Yahvé, abogada de los oprimidos.

La piedad popular lo ha entendido muy bien y sabe distinguir lo real de lo simbólico. Ya lo decía el villancico que cantaba mi abuela:

Estando un día barriendo

³ Lc 1, 46-47

nuestra soberana reina...

Esta reina que barre, esta soberana sin palacio ni servidores, esta esclava del Señor coronada por el mismo Dios, es la Señora del Magníficat, la que canta la victoria de los humildes y los pobres de nuestro mundo. Ésta es María, lugar de la revelación de Dios y de su encuentro con la humanidad, privilegiado medio que el Padre escogió para aproximarse y darse a conocer a los hombres.

En María admiramos las maravillas que Dios ha hecho en Ella. Entre las intervenciones divinas, veneramos la certeza de que esta mujer, la llena de gracia, fue preservada de todo pecado. María fue pensada y querida desde la eternidad, fue contemplada por Dios para ser el recipiente perfecto del Espíritu Santo, su templo vivo, su sagrario.

Ahora que celebramos el 150 aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción de María, qué mejor ocasión que este homenaje a la Virgen de los Dolores para unirnos a todos los cristianos que a través de los siglos, mucho antes de que fuera doctrina oficialmente reconocida, han defendido que María fue concebida sin pecado original y erigir un monumento de veneración al triunfo de la mujer pura y limpia, la criatura transparente y sin sombra del mal en su corazón.

María Reina

Desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones

*porque ha hecho cosas grandes en mí el Poderoso...*⁴

María pregona agradecida los singulares privilegios de que la colmó Dios. El Altísimo la ha coronado con la corona de la plenitud y nosotros bendecimos al Padre al proclamar que María es Reina de todo lo creado. *Porque la Virgen María fue exaltada a ser la Madre del Rey de los reyes, con justa razón la Iglesia la honra con el título de Reina*⁵

La coronación de Nuestra Señora de los Dolores resulta una ocasión excelente para conmemorar el cincuentenario de la institución de la fiesta de la Realeza de María.

Desde los primeros siglos del cristianismo, la Madre de Jesús fue saludada como Reina. Ya en el siglo V, casi al mismo tiempo que el concilio de Éfeso la proclama “Madre de Dios”, los cristianos empiezan a ensalzar a María con el título de Reina.

Con este reconocimiento, el pueblo cristiano quiere ponerla por encima de todas las criaturas, exaltando su función y su importancia en la vida de cada persona y de todo el mundo.⁶

María es Reina por ser la madre de Dios hecho hombre, el Mesías, el *Rey universal*⁷. En las Escrituras se afirma del Hijo que la Virgen dará a luz: *Será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su*

⁴ Lc 1, 48

⁵ SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Las glorias de María*, 1, 1, en *Obras ascéticas de San Alfonso María de Ligorio*. B.A.C., Madrid, 1952, p. 527. Cfr. *Ad caeli reginam* Constitución apostólica de S.S. Pío XII sobre la realeza de María (1954), 7

⁶ JUAN PABLO II, Catequesis sobre la Realeza de María. Audiencia General de los Miércoles, 23 de julio de 1997

⁷ Col 1, 13-16

*padre, y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin*⁸; y, además, María es proclamada *Madre del Señor*⁹. De ello se deduce, lógicamente, que Ella misma es Reina, pues ha dado vida a un Hijo que, ya en el instante mismo de su concepción, aun como hombre, era Rey y Señor de todas las cosas. Por tanto, Ella es la Reina Madre. Su reino no es otro que el de Jesús, por el que rezamos: "venga a nosotros tu Reino"¹⁰.

María es Reina por ser la perfecta discípula que acompañó a su Hijo desde el principio hasta el final. Por su entrega y fidelidad, Cristo le otorga la corona de la Vida¹¹.

María es Reina por ser el miembro fundamental de la Iglesia. Los Apóstoles, antes de recibir el Espíritu Santo el día de Pentecostés, perseveraban unánimes en la oración con María, la Madre de Jesús.

María es Reina por ser corredentora. Si Cristo es rey no sólo porque es Hijo de Dios, sino también porque es Redentor, María es reina no sólo porque es Madre de Dios, sino también porque, asociada como nueva Eva al nuevo Adán, coopera en la obra de la redención del género humano¹². Ella participa en la obra de salvación de su Hijo con su "sí" en el que siempre se mantuvo fiel, siendo capaz de estar al pie de la cruz. Como nos recuerda la Liturgia: «Santa María, Reina del cielo y Soberana del mundo, sufría junto a la cruz de nuestro Señor Jesucristo».

⁸ Lc 1, 32. 33

⁹ Lc 1, 43

¹⁰ *Ad caeli reginam*. Constitución apostólica de S.S. Pío XII sobre la realeza de María. 11 de octubre de 1954. 13

¹¹ Ap 2,10. Sant 1, 12

¹² *Ad caeli reginam*. Constitución apostólica de S.S. Pío XII sobre la realeza de María. 11 de octubre de 1954. 13

Por último, María es Reina porque desde el cielo, “asociada al poder de su Hijo, se dedica a la extensión del Reino, participando en la difusión de la gracia divina en el mundo”.

El Concilio Vaticano II, después de recordar la Asunción de la Virgen “en cuerpo y alma a la gloria del cielo”, explica que fue “ensalzada por el Señor como Reina universal, con el fin de que se asemejase de forma más plena a su Hijo, Señor de señores y vencedor del pecado y de la muerte”¹³.

Cuando celebramos la gloriosa Asunción de María al cielo festejamos su destino de plenitud y de bienaventuranza, la glorificación de su alma inmaculada y de su cuerpo virginal, su perfecta configuración con Cristo resucitado. La solemnidad de la Asunción se prolonga jubilosamente en la celebración de la fiesta de la Realeza de María, en la que se contempla a Aquella que, sentada junto al Rey de los siglos, resplandece como Reina e intercede como Madre¹⁴.

Así pues, María empezó a ser Reina en el momento mismo en que concibió por obra del Espíritu Santo a Jesucristo Rey; ejerció su realeza sobre la Iglesia primitiva, y sigue y seguirá ejerciéndola eternamente en el cielo sobre todos los seres creados.

Por eso, ha sido revestida de la vestidura inmortal, ha recibido la palma de la victoria y sobre su cabeza, la “corona de la gloria que no se marchita”¹⁵.

¹³ *Lumen gentium*, 59

¹⁴ PABLO VI, *Marialis Cultu* (Exhortación apostólica para la recta ordenación y desarrollo del culto a la Santísima Virgen María)(1974), 6

¹⁵ 1Pe 5, 4. Cfr. DANIELOU, Jean. *Los símbolos cristianos primitivos*. Ega, Bilbao 1993, p. 23.

La realeza de María fue reafirmada por derecho de conquista con su compasión al pie de la cruz. Por eso, esta corona es, también, una “corona dolorosa”.

Por haber dicho que sí, ahora, en el trance del Calvario, arrojada te ves a la punzada cruel de las espinas, porque cunden los cardos en torno a ti, trepando por tu alma dolorida, tratando de ahogar la pureza de lirio que te adorna, clavando sus púas en la fortaleza que en pie te sostiene.

Por haber dicho “hágase”, es para ti el frío tajo de la espada que sin piedad te parte el corazón, el llanto incontenible, la hiel en los labios, el temblor irreprimible que te agita y quieres contener apretando las manos contra el pecho,... Oh afligida, oh amarga, oh enlutada Virgen de los siete dolores.

Y sin embargo... de qué poderosa esencia está hecha su fe, para no vencerse en el lamento, para no hundirse en el sufrimiento y beberse sus lágrimas, apurando el cáliz hasta las heces. Pabilo vacilante que no se apaga, golpeada pero entera, sacudida y aún en pie,...

Stabat Mater Dolorosa iuxta crucem lacrimosa.

Cuando crucificaron al Amor, cuando agonizaba el Perdón, cuando moría la Vida, allí, al pie de la cruz, estaba la Madre Dolorosa.

Allí, al pie de la cruz de los tiñosos y los pobres de la feligresía de San Juan, cuando, en 1746, Martín Federico empezó a sacar el rosario nocturno para pedir limosna e implorar el milagro de la salud.

Y cuando, en las epidemias, la enfermedad invadía la ciudad y la muerte las casas de los malagueños, allí, al pie de la cruz, compartiendo en su diminuto santuario el dolor de sus hijos, estaba la Madre Dolorosa.

Y cuando las aguas del caprichoso Guadalmedina desbordaban su cauce y la “riá” anegaba los barrios aledaños arrebatando vidas y haciendas, allí, al pie de la cruz, consolando desde su templo mínimo la desolación de los vecinos y acompañándolos en la tarea de recomponer sus vidas y limpiar el fango y la miseria, estaba la Madre Dolorosa.

Y cuando la locura de la guerra quebraba la paz de la ciudad y sacaba lo más terrible de los corazones de los hombres y en la posguerra el hambre acuciaba y el dolor y la amargura teñían de negro la vida, allí, al pie de la cruz, vigilando desde su garita, centinela de su barrio, estaba la Dolorosa del Puente.

Siempre al pie de la cruz, siempre atenta *al desgraciado alrededor del llanto*¹⁶, a la trágica circunstancia de la vida, ha estado la Virgen de los Dolores,

Allí, al pie del Cristo del Perdón, cuando al otro lado del puente, frente a calle Marqués, su capilla ponía luz en las oscuridades del vicio y la delincuencia, del abuso y la marginación.

Ha estado permanentemente de guardia en su pequeño dispensario al que acudieron tantos enfermos del cuerpo y del alma. Ha llorado el llanto de las madres y ha gozado la alegría de los niños.

Ha estado en los últimos veinte años, sosteniendo el compromiso socio-caritativo de los cofrades que asumieron la misión de continuar su culto, cuando han acudido en apoyo del barrio, clamando por sus derechos y

¹⁶ Miguel Hernández

pidiendo soluciones, cuando colaboran con el comedor de calle Pulidero o con la educación de los niños de su entorno, cuando se comprometen con proyectos solidarios de desarrollo en el tercer mundo o cuando colaboran con obras asistenciales en nuestra diócesis.

Por todo eso, porque siempre ha estado allí, al pie de la cruz, al pie de tantas cruces, en tantos calvarios familiares, íntimos, cotidianos, percheleros y malagueños, de uno u otro lado del río; sin que hagan falta más avales ni pretextos, porque estaba allí, sencillamente, la Virgen de los Dolores se merece la corona.

Corona de valores

Ya se acerca el día, en el que en el espacio solemne de la catedral y sobre su trono, veremos *una magnífica señal: una mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies y en la cabeza una corona de doce estrellas* ¹⁷.

Afirma Pablo VI en la exhortación apostólica *Marialis Cultu*, que María debe ser para nosotros señal, porque Ella es modelo de todo aquello por lo que suspira la humanidad de nuestro tiempo ¹⁸.

Fijaos en la corona con la que el mismo Dios ha distinguido a María. Sobre ella resplandecen como doce estrellas, otros tantos valores que pueden salvar al mundo.

¹⁷ Ap 12, 1

¹⁸ *Marialis Cultu*, 37

Os invito a acompañarme en el recorrido por las doce luminarias que adornan a Nuestra Señora.

La primera estrella es la de la apertura a la trascendencia. Frente al materialismo que impera en nuestro mundo; cuando los nuevos *abrazos mágicos*¹⁹, las nuevas ofertas de ilusiones vienen a llenar el hueco que en muchos ha dejado el alejamiento de la fe; frente a la tendencia a una religión personalizada, individualizada, sin dogmas ni compromisos, María manifiesta la actitud de apertura, aceptación y obediencia a la voz de Dios.

Ella, en sus condiciones concretas de vida, se adhirió total y responsablemente a la voluntad del Padre; acogió la Palabra y la puso en práctica²⁰. María, defensora de su fe a voz en grito, que manifestó su compromiso con palabras y obras, con toda su vida, hasta las últimas consecuencias, es más que nunca un ejemplo para los cristianos que estamos llamados a dar razón de nuestra fe en el contexto de laicismo y de hostilidad a la Iglesia al que al que asistimos y su testimonio urge a nuestra Iglesia a ser sensible como ella a los signos de los tiempos, a ver y a escuchar a nuestro alrededor para dar respuestas válidas y decididas.

El segundo lucero en la diadema es la escucha. Nuestra sociedad adolece de la capacidad de escucha y valora más lo superficial, huye de profundizar, rebaja los niveles y no quiere complicaciones, es incapaz del silencio y lo llena todo de ruidos, de gritos y palabras huecas que ahogan las voces sensatas; confunde la osadía de los ignorantes, capaces de sentenciar

¹⁹ Acerca de la descripción de la actualidad de nuestra sociedad que aparece en este apartado sobre valores, *vid.* VERDÚ, Vicente, *El estilo del mundo. La vida en el capitalismo de ficción*. Anagrama, Barcelona, 2003.

²⁰ *Marialis cultu*, 35

sobre cualquier asunto, con la libertad de expresión y opinión. ¡Cuánto mas sucede esto si el tema sobre el que se habla es nuestra fe y nuestra Iglesia! María, a la que apenas oímos hablar en los evangelios, la que conservaba todo lo escuchado en su corazón para meditarlo, representa la sabiduría reflexiva y paciente frente al presentismo que caracteriza la posmodernidad en la que vivimos.

El tercer valor que refulge es la humildad. Frente a la soberbia que nos lleva a ser autosuficientes, María sobresale entre los humildes y los pobres del Señor.

La siguiente luminaria es la sencillez. Frente a los falsos brillos de la artificiosidad, del sensacionalismo, del culto a la imagen y de las apariencias, María es la mujer sencilla, que no busca el protagonismo, que huye de la fama fácil y prefiere el lugar discreto.

Brilla también en el resplandor la luz de la compasión. Este mundo nos ha terminado haciendo inmunes al dolor y a la tragedia, al sufrimiento y la muerte que la realidad retransmitida por los medios de comunicación nos ha impuesto como algo normal, capaz de alternarse con lo más banal. María, en los momentos decisivos siempre acompañó a su Hijo, padeciendo con él. María siempre estuvo atenta a los problemas de los demás desde la actitud de ponerse en su lugar.

La próxima estrella es la de la solidaridad. Palabra que ha menudo es despojada de su verdadero significado, valor tantas veces pervertido y usado como espectáculo o como negocio, que, sin embargo luce radiante sobre la frente de la Virgen, frente al individualismo total que triunfa en nuestro tiempo,

el culto al yo y la aspiración a ser único. María fue siempre solidaria en el sentido más noble y radical de la palabra, especialmente con los más oprimidos, entre los que se situó para promover desde esa posición la justicia y el derecho, para suplicar en su favor la acción de Dios. Más allá de la solidaridad, María practica y anima la fraternidad, pues extiende su maternidad a todos los hombres y mujeres, hermanos de Cristo, hijos de un mismo Padre.

El halo muestra también el esplendor del compromiso. Este es otro valor estrella que no suele destacar en esta sociedad renuente al sacrificio, que exige el bienestar a corto plazo, que reclama satisfacciones sin entregar nada importante a cambio y menos por adelantado. Sociedad de jóvenes que se resisten a ser adultos y a asumir responsabilidades y adultos que se comportan como niños. El sí de María cambió la historia de la humanidad, pero también marcó definitivamente su propia historia personal y esta mujer siempre hizo frente a las consecuencias de su opción libre y responsable. Ella convirtió en virtudes la entrega, la renuncia y el sacrificio.

Otra valor de María que nos ilumina, es el de la gratitud. Se trata de una actitud necesaria para reconocer lo que nos es dado y valorar y agradecer lo que recibimos como un don y no como si todo nos lo debieran por nuestros méritos.

Sobre la corona destaca igualmente el espíritu de familia. Precisamente en este mundo en el que los lazos sociales cada vez son más débiles, en el que la institución familiar está atravesando un momento de crisis en el que aparecen modelos de familia alternativos, María es referente porque hizo de su familia una escuela de vida comunitaria y de la primera comunidad cristiana, una verdadera familia.

La décima estrella de la corona es la fortaleza: valentía, dignidad para llevar la pobreza y el dolor. María fue una mujer fuerte, que conoció la pobreza y el sufrimiento de la huída y el exilio, que aguantó en pie al pie de la cruz. María fue una mujer optimista, que no dudó en echarse al camino para seguir a su hijo y su maestro. Ella se aventuró, ganó la vida y, como premio, la corona.

El círculo de luces eternas se va cerrando con la coherencia. Frente a nuestra sociedad, en estos tiempos de globalización, cuando el relativismo moral está generalizado y el “todo vale” está tan extendido, ahora que se propugna una ética indolora, sin compromiso ni obligaciones ni sacrificios y en lo religioso triunfa el “bricolaje” o la mezcla en la que cada uno busca la hechura de su propio dios a su imagen y semejanza, acudiendo al mestizaje de creencias, ritos y símbolos, María es la mujer fiel, que responde a la palabra dada, cumple los preceptos religiosos como cualquier creyente de su religión y de su tiempo, es buena esposa y madre, se implica en la defensa de la justicia y la dignidad de la persona y es capaz de aceptar el sufrimiento que supone llegar hasta el final en la observancia de su compromiso.

En el centro de ese nimbo, destaca un valor del que carecen nuestros días y en María resplandece de manera especial: la ternura.

En la corona que se impondrá a la Dolorosa del Puente este lugar central está ocupado por una pequeña cartela esmaltada desde la que María con su hijo en los brazos nos mira tiernamente y parece decirnos:

*Estaba abierto el cielo y mi hijo en mis brazos,
tan indefenso y tibio y aterido y fragante
que lo sentí una obra sólo mía, victoria
de un cuerpo paso a paso ofrecido a su cuerpo.*

*Lo envolví con mi aliento y él tuvo el soplo tibio
en el que una paloma se sostenía en vuelo.*

El poema de María Victoria Atencia²¹ retrata la maternidad de María: la ternura.

La ternura es la fuerza más humilde y, sin embargo, la más poderosa, para cambiar el mundo. Esta fuerza surge sólo en un corazón libre, capaz de ofrecer y recibir amor. El corazón de una madre es la mejor escuela de ternura. Por eso ésta no es actitud de débiles o cobardes, sino cualidad de fuertes, de aquellos que son capaces de generosidad y responsabilidad.

La mujer y lo femenino son caminos de Dios en la búsqueda de encuentro con el ser humano. Además del rostro paterno, Dios posee también un rostro materno. María es el gran icono revelador del rostro femenino y maternal de Dios²². María es sacramento de la ternura de Dios Padre y Madre, del amor entrañable de una Dios que a través de ella nos besa y nos abraza, nos coge en su regazo para acariciarnos y para consolarnos. María hace presente al Dios de la ternura ilimitada, a Dios acogedor y cariñoso que las Sagradas Escrituras habían presentado como una madre que consuela²³, que tiene siempre presente al hijo de sus entrañas²⁴ y lo alza junto a sus mejillas, lo alimenta a sus pechos y le enseña a andar²⁵.

²¹ *Trances de Nuestra Señora* (1986).

²² BOFF, Leonardo. *El Ave María. Los femenino y el Espíritu Santo*. Sal Terrae. Santander 1982, p. 9. González-Carvajal Santabábara, Luis. *Noticias de Dios*. Sal Terrae. Santander 1979

²³ Is 66, 13

²⁴ Is 49, 15; Sal 25, 6; Sal 116, 5

²⁵ Os 11, 3-4

Todos estos valores que resplandecen en torno a la corona están labrados con el mismo metal, el más noble: la caridad, que anima, inspira e impulsa toda la vida de María de Nazaret.

La corona que vamos a ofrecer a la Dolorosa del Puente no muestra en su resplandor las estrellas apocalípticas. Es porque todos estos valores que pueden salvar al mundo, se funden en una sola luz, la misma Virgen de los Dolores, la *Estrella de la Nueva Evangelización*²⁶.

En la Corona estamos todos

La corona de la Virgen de los Dolores está dorada por la caridad y en el delicado dibujo de su repujado estamos todos los que invocamos el nombre de la Madre de Dios y la reconocemos como Puente porque sabemos que a Jesús se va por María.

Entrelazados con la rocalla que ornamenta el canasto están todas las mujeres y los hombres que, inspirados por el modelo de María, tratan de ser presencia fraternal allá donde se encuentren. Están todos los comprometidos en causas justas, todos los que se conmueven y los que se compadecen con el dolor de los semejantes, todos los que se alegran con la alegría de los demás; los testigos, en fin, del Amor de Cristo, que en cualquier rincón del mundo, desde las situaciones más lejanas y difíciles a las más próximas y cotidianas, iluminan con sus vidas nuestra esperanza y alimentan nuestra confianza en el futuro de la humanidad.

²⁶ Juan Pablo II

Cincelados en la plata de la corona que ha diseñado Jesús Castellanos, están todos los nombres, los que conocemos y podríamos mencionar y los desconocidos, innumerables nombres de quienes a lo largo de estos dos siglos y medio alguna vez se cogieron de su mano para cruzar el río de la vida. Están Martín Federico y los tiñosos; está la familia Valverde que en los primeros tiempos cuidó de la ermita urbana; están los cofrades de la Esperanza que conservaron el culto a la Dolorosa del Puente labrándole una capilla a espaldas de la suya. Está la historia, un lado y otro del río, San Juan y Santo Domingo, la Virgen de la Estrella y la Soledad de Mena. Está el Perchel entero: los percheleros que ya están viendo su cara de frente y los que se han marchado del barrio que ya no es.

En esta corona están todas las almas enamoradas de la Dolorosa del Puente: Don Antonio Ramírez Mesa, el párroco de Santo Domingo que impulsó su culto y están, por supuesto, la Cofradía y sus hermanos, del primero al último, aquellos jóvenes que procesionaron a la Virgen en 1982 y los jóvenes que hoy han tomado el relevo del compromiso y la ilusión, trabajando en todos los preparativos de la Coronación; los nazarenos del Lunes Santo y los penitentes de cada día, los hombres de trono y los hombres, mujeres y niños de la visita cotidiana a la capilla

Y van los recuerdos y las promesas, las mandas y las lágrimas dibujando filigranas que ascienden por los brazos que rematan el canasto, que es lo sencillo lo que hace grande a esta corona y la convierte en imperial.

Esta corona está labrada con la aleación de todos los que han compartido la devoción sencilla a Nuestra Señora de los Dolores, todos los que

la tuvieron como su *recurso ordinario*²⁷, y esta bañada con oro de muchos quilates, tantos como buenas obras han realizado sus cofrades y sus devotos y ha iluminado Nuestra Señora; un oro que no perderá el brillo porque está recubierta con el barniz de la coherencia.

Será como ver el cielo abierto

Para que reciba esa corona que somos todos, vamos a acompañar a la Virgen de los Dolores hasta la Catedral. Y en su traslado al primer templo daremos un paseo por la Historia, reviviendo el pasado, volviendo durante tres noches al siglo XVIII, al formar parte del rosario nocturno que llevará a Nuestra Señora a la Basílica de la Esperanza, a San Juan y por fin a la Catedral.

Allí la veremos por fin sobre su trono, obra lenta de paciencia y mimo; obra de estilo inconfundible e inédito en nuestra Semana Santa, pero de sabor añejo, de regusto antiguo y de esplendor barroco. Distinción antequerana para Nuestra Señora de la discreción y la elegancia. Tronío y empaque para la sencilla y sobria Dolorosa de la pequeña capilla callejera.

En la Catedral le espera la peana de carrete que se alza airosa sobre el cajillo al que se asoma –ternura sobre ternura- la Virgen de Belén, la matrona que acomoda los pañales al hijo con exquisito cuidado y pose tan galana. Y le esperan para darle escolta los ángeles que a sus pies nos muestran su casa y su nombre, Santo Domingo y el Puente.

²⁷ Así invocaba a María, la Buena Madre, San Marcelino Champagnat, fundador de los Hermanos Maristas.

Y sobre todo le espera el manto: una de las obras de amor cofrade más importantes de las que puedan haberse visto en nuestra ciudad. El manto tendrá firmas con rubrica de tiempo generosamente ofrendado, habrá nombres y se sabrá puertas adentro de la casa-hermandad quiénes han dejado sus horas prendidas en ese terciopelo. Pero me consta que en esta casa, cuando trabaja un grupo está trabajando la Cofradía, así, en general, porque no hacen falta etiquetas ni letreros, placas, medallas ni honores. Como otras tantas obras realizadas en esta Hermandad sencilla y artesana, valiente y decidida a la hora de afrontar retos y de acometer trabajos, el manto ha sido diseñado, bordado y confeccionado por cofrades y es una ofrenda de la Cofradía a su Madre. Porque en esta Cofradía el mejor patrimonio es la imaginación, la habilidad y la capacidad de trabajo de un buen número de hermanos inasequibles al desaliento, ejemplo a tener en cuenta para todo el mundo cofrade.

Y al hablar del manto, otra vez perdemos la cuenta: la de las puntadas y los días, la de los malos ratos y las satisfacciones, la de las horas de convivencia y las tentaciones de abandono, la de lo mucho aprendido y lo mucho soñado, la de los recuerdos y las emociones. Puntadas de verdadera hermandad, constancia a realce, oración bordada en oro.

Y así, en el ámbito solemne de la Catedral, el rito de la Coronación nos permitirá trasladarnos simbólicamente al día sin ocaso de la eternidad, cuando la Virgen gloriosa, entrando triunfante en el cielo, es elevada por los ángeles hasta el trono de la Santísima Trinidad, que, poniéndole la corona de gloria, la presenta como Reina del universo²⁸.

²⁸ Pío XII, *Mensaje para la Coronación de la Virgen de Fátima. Cfr. Ad caeli Reginam.*

Ver a la Virgen de los Dolores Coronada sobre su trono será como ver el cielo abierto y llegar al punto culminante de este rosario de más de dos siglos y medios, de incontables oraciones enhebradas en el hilo de la fe que nos une a Jesús, el Cristo del Perdón, para gozar con la contemplación del quinto misterio glorioso.

Después del acto solemne de la coronación, llegará el momento de que rindamos pleitesía a la Reina del Cielo, y la Virgen de los Dolores volverá hasta Santo Domingo en procesión triunfal, recibiendo el homenaje de sus devotos, al compás de la letanía incesante que irán cantando las barras de palio.

La Virgen de los Dolores regresará al Perchel y por una noche -histórica noche, noche del alma iluminada por la Aurora Coronada-, aquellas calles sin la vida y la gracia del pasado dejarán de ser las de un barrio destrozado urbanística y socialmente, pura nostalgia para muchos, símbolo y leyenda de una Málaga tantas veces cantada y recreada que seguro pudo tener otra solución; de una Málaga necesaria para esta ciudad moderna que estamos construyendo y que precisa mirarse en su memoria, en los rastros de su historia... Aquellas calles volverán a ser todo un barrio al otro lado del río, para recibir a la última vecina que resiste en su pequeña casa al pie del puente, donde el recuerdo del viejo arrabal se refugia y sobrevive.

Y existan o no, estén aun en pie o vivan sólo en la memoria sus fachadas y sus balcones, las pinturas que decoraron sus muros, ocultas por los años de desidia, esa noche se colgarán colchas y mantones en calle Cerrojo, Jiménez y la Puente, y habrá guirnaldas en calle San Jacinto y en Huerta del Obispo, florecerán la macetas de calle Fuentecilla, en Marroquino y Polvorista,

ondearán gallardetes en el Pasillo de Guimbarda y en el de Santo Domingo, se recordarán la saetas por las esquinas del Perchel, para recibir a la Virgen de los Dolores Coronada.

La Dolorosa que siempre quiso estar en la calle, cerca de los suyos, llegará entre nubes del incienso aromático y místico, al ritmo de la música cadenciosa y triunfal, adornada por la flor preciosa y delicada. Y todo nos hablará de ella; María nos mirará con sus ojos entornados; azorada, bajará la cabeza y serena y, como siempre serena, sencilla y discreta, recibirá nuestra oración.

Salve Reina de los Dolores

Salve Reina de los Dolores, Madre del Perdón, Azucena perchelera que nos muestras tu rostro sereno, tu fortaleza inquebrantable y tu profunda paz, entre los cardos de este mundo en que vivimos.

Hasta tu trono de gracia y misericordia llegamos para ofrecerte nuestro homenaje y para festejar tu corona.

Madre de la Luz sin ocaso, que tu resplandor venza *nuestras noches tristes y ciegas*²⁹. Acoge entre tus manos nuestra plegaria, recoge el dolor y el llanto de tus hijos y apriétalos contra tu pecho, donde queremos estar todos los que veneramos tu nombre.

²⁹ Fray Luis de León

Ingeniera a lo divino, que tiendes un puente entre Dios y nuestra humanidad, sigue ayudándonos a vadear el río de la vida.

Puente de plata para acercarnos al Amigo, llévanos a Jesús, condúcenos hasta el Amor más grande. Ayúdanos a construir pasarelas entre nosotros; que los cristianos, al venerarte e imitarte, Señora Nuestra, nos sintamos hermanos, y, huyendo de los odios y de los egoísmos, desterrando el individualismo y el afán de ser más y de tener más, promovamos la justicia y el derecho³⁰.

Poderosa Señora de los tiempos, vencedora en el combate contra el mal, vuelve tus ojos misericordiosos hacia los inocentes que sufren las consecuencias de tantas situaciones de guerra en todo el mundo. Mira con tu proverbial compasión a las víctimas del terror, a los que padecen los efectos de enfrentamientos que se justifican por causa de la religión, profanando el nombre del Dios de la Paz.

Mira de un modo especial a los niños explotados, humillados, víctimas de abusos, en cualquier lugar del mundo. Cuida de ellos con tu ternura de Madre. Y tiende puentes, Señora, entre nuestro corazón y sus miserias, que se nos conmuevan las entrañas y sintamos la necesidad de cruzar a toda prisa la pasarela para abrazarles y besarles, para consolarles y ayudarles, porque sólo así podremos salvar al mundo.

Arco iris puesto por Dios sobre las nubes, como signo de pacífica alianza, ayúdanos a construir y conservar la paz entre los pueblos. Ayúdanos a edificar la convivencia en estos tiempos de encuentro e intercambio de

³⁰ *Cfr. Pío XII, Ad caeli reginam*

culturas. Y sigue tendiendo puentes, Señora, puentes de respeto y tolerancia, de concordia y de paz entre las razas y los pueblos.

Señora de los instantes, de los pequeños detalles y los gestos sinceros, concédenos ser tiernos como tú, valorar lo frágil y lo sencillo, ver la grandeza de las pequeñas cosas. Y tiende puentes, Señora, entre los miembros de nuestras cofradías; puentes de fraternidad para aproximarnos cada vez más, superar desencuentros y convertir nuestras hermandades en verdaderas comunidades de fe y vida, que lleven como propuesta a la sociedad y a la Iglesia de hoy, la elocuencia de los símbolos, el valor de la tradición arraigada y el de la convivencia.

Y después de este destierro, muéstranos a Jesús, el Cristo del Perdón, que será para siempre nuestra paz y nuestra alegría.

Santa María de la Armonía, María Santísima de la Dulzura, Nuestra Señora de la Hondura, Virgen de la Claridad.

Beso tierno de Dios. Caricia del Padre Bueno, Alegría de los ángeles, Reina de los que cruzan el puente y no miran atrás. Madre nuestra.

Ruega por nosotros, Pontífice Máxima, para que seamos dignos de alcanzar y gozar la orilla al otro lado del Puente, donde nos espera Jesús, el Cristo del Perdón, la Luz de los hombres, para ofrecernos a todos la corona de la Vida.

Ya está dispuesta la oración en el alma y los piropos en la garganta a punto para llegar a los labios, aguardando la señal para que los dejemos escapar, como un repique general, como una suelta de palomas, un

lanzamiento de globos, una vista de fuegos artificiales, una salva de aplausos, un himno de alabanza, un cántico nuevo.... Todo eso serán nuestros sentimientos cuando suene, rotunda, definitiva, triunfante, la campana del trono para proclamar por fin:

¡Paso a la Reina de los Dolores! ¡La del Puente!